

¿A DÓNDE VA HARVARD? ENTREVISTA AL RECTOR LAWRENCE SUMMERS:
"NOS ALEJAMOS DEL NIHILISMO"

Esta semana visita Santiago el rector de una de las más prestigiosas universidades del mundo. Harvard es un desafío permanente para un rector, y Summers tiene sus propias ideas para mantener su calidad académica.

ARTURO FONTAINE TALAVERA. Escritor, Director del CEP y profesor U. de Chile.

Se acerca rápido y me saluda con esa amabilidad directa y desaprensiva que es tan frecuente en Estados Unidos como escasa en Inglaterra. El rector de Harvard fue Ministro de Hacienda del Presidente Clinton y antes obtuvo su tenure a los veintiocho años y el premio al mejor economista menor de 40 años. Autor de numerosas publicaciones importantes, Summers se transformó en una de las estrellas de Harvard. Es sobrino de los premios Nobel Paul Samuelson y Kenneth Arrow e hijo de padre y madre economista. La ciencia de Adam Smith es lo suyo. Ahora está al mando de una universidad que es, quizás, la más importante del mundo.

Nos paseamos por el Harvard Yard. Por dos días ha caído nieve trayendo consigo silencio y recogimiento. Hoy el cielo está transparente y una pureza helada pica en las narices. Los edificios de ladrillos rojos y los viejos troncos desnudos y cargados de nieve se iluminan desde abajo. Nos cruzamos con un tour de estudiantes chinos que pueden postular a la universidad. El rector los aborda con entusiasmo y hace algunas bromas que los jóvenes reciben con cierta reserva oriental.

En las gradas del Massachusetts Hall, donde quedan sus oficinas, nos sobresaltan los gritos de un grupo que protesta. ¿Una huelga? ¿Acaso una revolución? Summers estira la cabeza, pero se les ve lejos. Entramos a un despacho rectangular. El escritorio es una mesa pequeña. Detrás, empotrado contra la pared, un computador negro. Más allá hay un sofá y dos sillones, donde nos acomodamos. El ambiente es acogedor. "No cambié nada", me dice, "Sólo saqué la alfombra para que apareciera la madera del piso."

Se acomoda en su sillón con un tarro de Coca Cola light en una mano y el pie sobre la mesa de centro. "Tú sabes", me dice, "yo creo que de diversas maneras las universidades son las instituciones paradigmáticas de la economía globalizada. Los gobiernos, las grandes empresas privadas tradicionalmente se han gobernado a base de órdenes y controles, y su valor ha derivado de bienes físicos: tierras, edificios, máquinas. Cada vez más el valor de una gran compañía es un bien intangible: la capacidad de producir conocimiento nuevo. Las mejores compañías cada vez se parecen más a las universidades. Los procesos de decisión son más colegiados y el énfasis está en la creatividad." Para Summers no es la universidad la que debe imitar a la empresa sino la empresa a la universidad.

Le pregunto cómo ve el tema de las patentes y licencias. Es muy posible que en el futuro buena parte del patrimonio de las universidades provenga del valor de sus descubrimientos y procesos patentados. Ahora los gritos de los que supongo un sindicato en huelga se escuchan más fuerte. Su respuesta es cauta. Harvard está revisando su política al respecto.

"Ciertamente, los bienes y propiedades intelectuales tienen creciente valor y nosotros estamos en ello. Pero es bueno que nadie haya patentado la teoría cuántica o la teoría de la relatividad", dice sonriendo. "El principal rol de la universidad está en las ciencias básicas. Debemos ser cuidadosos. Si tenemos una buena idea, no es seguro que debamos patentarla". En todo caso, espera que la nueva política de Harvard ponga el énfasis en patentes con propietarios múltiples, que incluyan a los investigadores, a los financistas y a la propia universidad.

Uno de los problemas "más complejos" que enfrenta Harvard, me dice, "es su relación con el sector privado." Siento un crujido. Viene del tarro de su Coca Cola light. "Tenemos que encontrar un punto medio. Nosotros, en Harvard, no somos investigadores que se arriendan. Nunca permitiremos que una empresa que financia una investigación se reserve el derecho de suprimir la publicación de esa investigación". Le pregunto si eso ocurre ahora. Me dice que no. Los gritos de la protesta se están acercando, pero él no se inmuta. "No lo autorizamos ahora ni lo autorizaremos nunca. Nunca decidiremos qué investigar con el fin de servir un determinado interés empresarial. Por otra parte, tenemos nuevas técnicas farmacéuticas que permiten controlar remedios de un

modo mucho más efectivo." Summers cree que hay que encontrar una manera de que los profesores y la universidad se beneficien de ello en alianza con el sector privado.

Su secretaria interrumpe para explicarle algo sobre la protesta es un grupo de administrativos, me parece entenderle. Pregunta cuántos son y le pide en tono firme que avise a "Allen" y a "Sally", que se informen de inmediato acerca de lo que piden, de cuál es "nuestra posición". "Me haré cargo", dice ella con esa seguridad que puede tener una joven. Él le da las gracias. "Eres una gran americana, July", le dice. Ella se ríe cerrando la puerta. Momentos después los gritos se han desvanecido.

Un chileno en Harvard

Era uno de los tantos alumnos inteligentes de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. No tiene muy claro qué le dio con estudiar afuera. Su padre no le dio permiso. "Termina primero aquí", sentenció. "Después sales a hacer un postgrado". A los pocos meses, el joven Sebastián Brown insistió. Su padre se mantuvo en su posición. Además los costos le resultaban prohibitivos. Sebastián dejó pasar otro medio año antes de volver al ataque. "Pero, papá, ¿y si yo me ganara una beca para estudiar en una universidad como Oxford, como Harvard, me darías permiso para partir antes de recibirme aquí?" "Bueno", le respondió el padre sonriendo. "Si te sacarás una beca para ir a Harvard, bueeeno..." "Es que, papá: me aceptaron en Harvard y me han becado". Su padre lo abrazó emocionado. Gracias a la beca su padre paga, incluido el alojamiento y la comida, lo mismo que pagaba en la Universidad de Chile.

Es el único chileno en Harvard College. Hace algunos años se graduó ahí Eduardo Friedman, quien luego se doctoró en Princeton en matemáticas y hoy enseña en la Universidad de Chile. Casi todos los chilenos que han ido a Harvard han ingresado al postgrado.

Harvard primero selecciona empleando el SAT I (análogo a la PAA) y SAT II (similar a nuestras pruebas de conocimientos específicos vigentes hasta el 2003), y los promedio de notas. A ello se añaden ensayos, recomendaciones, y entrevistas personales que emplean para filtrar a los alumnos de altos SAT I y SAT II que postulan a Harvard. Reservan una cuota para minorías. Summers quiere incrementar los esfuerzos para captar a estudiantes de bajos ingresos y que tuvieron pocas oportunidades. No le inquieta demasiado el factor subjetivo que ello implica, dado los altísimos puntajes de la prueba SAT de los alumnos aceptados por la vía regular.

Recientemente, a propuesta de Summers, la universidad ha establecido que cualquier alumno admitido y cuya familia gane US\$40.000 o menos estudiará gratis. Harvard se hará cargo incluso del alojamiento, la comida y gastos personales. Luego sigue una escala, de manera que el pago depende de los ingresos. La idea es que la universidad selecciona por mérito, y la forma de pago se ajusta después. Nadie se queda fuera por no poder pagar.

Las matrículas aportan entre un 20 y un 30% del costo de la educación, un porcentaje común en las buenas universidades privadas sin fines de lucro de Estados Unidos. El resto viene de donantes - que, como en Chile, reciben ciertos beneficios tributarios- y de los fondos de investigación concursables creados por el gobierno.

Lawrence Summers cree que el gobierno debiera aumentar el financiamiento de las ciencias. Una de las cosas más significativas que hizo como Ministro de Hacienda, cree, fue aumentar al doble el presupuesto para la biología. Un científico produce beneficios sociales, "lo que los economistas", me dice el rector, "llamamos externalidades".

Le pregunto qué piensa de las universidades con fines comerciales. En Estados Unidos hay cuatro que han tenido éxito en la educación de adultos y de ejecutivos. Hay muchos tipos de educación y muchos tipos de universidades. "Pero no captan a los mejores estudiantes. No han dejado huella en su formación básica. Probablemente no podrán nunca hacer las cosas más importantes que hacemos en Harvard, tales como financiar investigaciones atrayentes, bibliotecas, en fin. Pero es bueno experimentar. No debíamos desalentar a quien cree que puede ganar plata con una universidad".

Creo en la enseñanza

Las matemáticas para Sebastián no fueron problema. La Universidad de Chile había hecho eso por él. Lo que más le costó, me dice, fue escribir artículos. No venía preparado para argumentar por escrito y probar un punto. Los profesores ven la materia desde todos los ángulos posibles y realmente explican. Son más cercanos, más dedicados a cada alumno y más humildes que en Chile. Aquí a los profesores, me dice Sebastián, les entretiene explicar y ayudar. No están tan apurados. También los cursos son más chicos. "En Chile se usa menos la intuición y demasiado la abstracción, demasiado el modelaje matemático porque sí".

Rodrigo Vergara, el actual profesor de la UC e investigador asociado del CEP, hizo su doctorado con Summers. Recuerda que jamás perdió una clase, que jamás falló a una hora de atención de alumnos y que todas las semanas comía en un restaurante chino con su curso de finanzas públicas. Todavía Summers hace un curso de pregrado y constantemente está dando conferencias de economía en distintas facultades. Me dice que mantiene sus clases en el College "simplemente porque le gusta."

Uno de sus proyectos es dar mayor importancia al profesor que hace clases y se compromete en la formación de sus alumnos. Antes de concederse el "tenure" - que implica inamovilidad del profesor para proteger su autonomía- se revisa su trayectoria como profesor y las evaluaciones de sus alumnos. Summers es el primer rector en décadas que está ejerciendo su derecho a revisar los nombramientos de "tenure" - lo que ha molestado a muchos- y uno de los elementos de peso es ahora su labor de maestro. Nuevas contrataciones y una reforma administrativa apuntan a tener un profesorado con más tiempo para sus alumnos.

Estamos atravesando con Sebastián un patio enclaustrado por los edificios rectangulares de ladrillos rojos de la "Eliot House", donde vive. Es noche. El suelo está cubierto de nieve y en cada ventana hay una luz. El primer año dormía con un tipo en el camarote de arriba. Fue un año difícil, pero lo ayudó Andrés Velasco, que enseña en Harvard. Ahora tiene pieza solo en un departamento que comparten tres alumnos. El departamento de al lado es de niñas. Los departamentos no son mixtos; sí los edificios. Su pieza tiene cama, escritorio, sofá y chimenea. A un lado la guitarra Ibáñez, que todavía sigue practicando.

En la biblioteca de estantes de encina y mesas con lámparas bajas está el piano de Leonard Bernstein. Lo dejó como regalo cuando murió. Bernstein era de esa casa. Las "houses" recuerdan las de los colegios ingleses. El comedor es una inmensa sala con paredes recubiertas de encina hasta el techo. Funciona como casino y sirve desayuno, almuerzo y comida. Esa noche hay una comida a la que asisten profesores invitados por los alumnos. Está hablando el "house master", un italiano experto en Dante.

En Harvard las casas eran fuente de discriminación social y vocacional. Eliot era de los "cuicos"; Adams, de los artistas. Por eso está llena de graffitis en los muros. Eso terminó. Hoy las casas se sortean. Harvard cree en el valor formativo de la diversidad. Es una ventaja haber conocido de joven gente de orígenes diversos y haber estudiado con ellos. Eso enriquece a una persona y la prepara mejor para el mundo real donde tendrá que trabajar con personas muy diferentes. En la Eliot House Sebastián puede ser amigo de un negro del Bronx, del hijo del príncipe de Jordania, de un joven pobre de Arizona, de un peruano, de un niño rico de New England. El mínimo común denominador: se saben y reconocen como tipos muy capaces.

El sistema universitario en Estados Unidos, como en Inglaterra, es muy distinto del nuestro. En Chile los alumnos a los dieciocho deciden ser dentistas, biólogos o médicos, ingenieros civiles o comerciales, periodistas, sociólogos o abogados. Nuestros programas de bachillerato son un propedéutico. Durante dos años el alumno toma un montón de cursos sin estudiar a fondo disciplina alguna. Propuestas de introducir un currículum al estilo de los colleges de estudios liberales (véase la revista "Estudios Públicos", números 19 y 64, por ejemplo) no han prosperado. Prima la idea de una educación vocacional y profesional.

El alumno de Harvard entra del colegio secundario al College a un programa de cuatro años en "artes liberales" y que culmina con el grado de bachiller antes de elegir su carrera. El estudiante escoge una disciplina matriz - matemáticas, historia, literatura, economía, biología, música, en fin, física- a la que dedicará el equivalente de dos años y que será el eje de sus estudios; deberá, asimismo, tomar el equivalente de un año de cursos escogidos de ciertas áreas (ciencias naturales, ciencia social, historia, literatura, filosofía moral y política, matemáticas), y el equivalente de un año de cursos que elegirá libremente.

Luego - a menudo tras un año en que viajan o trabajan- postulan de nuevo para ingresar a una escuela profesional (derecho, medicina, administración de empresas, etc.) o académica de estudios para graduados (filosofía, física, matemáticas, etc.)

Sebastián pensaba ser ejecutivo, empresario. La academia le era ajena. El College lo ha cambiado. "Aquí se estudia más, mucho más", me dice. "En Chile el carrete y la familia quitan demasiado tiempo. Hay miedo a ser visto como un nerd. Aquí lo que los alumnos valoran es al tipo capaz, al tipo original. Hay un ambiente de estudio que te envuelve." Mañana tiene una prueba de econometría y está tranquilo. "En Chile estaría aterrado", me dice. "Lo que pasa es que sé que el profesor me hizo entender la materia a fondo, sé que las preguntas van a ser entretenidas y no puras pillerías. Se me acabó el miedo a la prueba."

Es alumno y ayudante de investigación de Andrei Shleifer, un ruso que ha obtenido el premio al mejor economista menor de cuarenta. Su mentor fue Summers. Es la nueva estrella de Harvard. Pese a estar en el College ya está tomando dos cursos del programa de doctorado con él. "El tipo piensa delante de ti y produce y produce hipótesis e ideas sin parar. Es algo impresionante. A veces nos dan las once de la noche y seguimos dándole vuelta al asunto. Yo después soy uno de los que tienen que hacer correr las regresiones. Este profesor me cambió la vida."

Le cuento esto a Summers y goza con la historia. "Así tiene que ser", me dice. "A mí me cambió la vida Martin Felstein". Seguramente algo parecido le ocurrió a Andrei Shleifer con Summers. "Así pasan las cosas en la universidad", dice entusiasmado. "Entre las experiencias más satisfactorias de mi vida está el haber podido trabajar con estudiantes como, por ejemplo, Rodrigo Vergara. Tener la oportunidad de influir en personas como él. Creo profundamente en la enseñanza, creo que las ideas a la larga hacen la diferencia."

Lejos del nihilismo

El rector quiere introducir algunos cambios en el currículum del Harvard College. Summers cree que cuando los historiadores escriban sobre nuestra época destacarán que este fue el momento en el que, gracias a la ciencia, "el hombre no sólo se ocupó en comprender la naturaleza humana sino que pudo cambiarla". Está pensando en la genética y en la ingeniería que va con ella. Piensa que esto acarreará "cambios profundos". Otro cambio sideral: por primera vez el mundo está fuertemente interrelacionado con todo lo que ello implica: más desarrollo y también sida, más democracia y también más fundamentalismo islámico... A eso hay que añadir los desafíos ecológicos. Entonces, a su juicio, por un lado, la ciencia y por el otro la globalización son dos aspectos claves que se deben en cuenta cuando se piensa en la educación.

Pero hay un tercer aspecto: estamos viendo, afirma, "un modesto retorno de la confianza y un retroceso del nihilismo." La frase me llama la atención. "En los setenta", continúa, "la tendencia era enfatizar modos de conocimientos más que conocimientos; el diálogo y el debate buscaban simplemente entender la perspectiva de cada cual en lugar de intentar conseguir una perspectiva mejor y común; hay más voluntad de ver la evidencia en todas las áreas, hay una gran expansión de los métodos estadísticos." A su juicio, hay que repensar el currículum a partir de estas tendencias.

Su propósito es aumentar las exigencias en ciencias naturales y matemáticas aplicadas. Piensa que uno de los grandes desafíos pedagógicos es cómo enseñar ciencia a los que no se dedicarán a las ciencias. También quiere potenciar experiencias en el extranjero. La oficina regional que ha abierto en Santiago el David Rockefeller Center for Latin American Studies de Harvard es un primer paso. Ya hay alumnos de Harvard cursando un semestre en la Universidad de Chile y en la UC, y están surgiendo intercambios académicos interesantes en astronomía y la arquitectura de viviendas sociales.

Le pregunto qué ventaja le ve a la educación basada en artes liberales y si no cree que la especialización del conocimiento puede darles ventajas a las universidades que agrupan a los alumnos vocacionalmente desde temprano, como ocurre en Francia o en IMT.

Me dice "estamos muy comprometidos con la idea de una educación en artes liberales", esto en oposición a estudios orientados por los requerimientos de una profesión. "Ha sido siempre así en Harvard. Pensamos que así se prepara mejor a los alumnos. El conocimiento cambia tan velozmente. La gente vive de conocimientos

que aprendió después de los cuarenta y cinco. Hay que aprender a aprender. Hay que familiarizar al alumno con los grandes temas que dan forma a nuestra cultura. Tenemos que mirar hacia adelante y para eso tenemos que mirar hacia atrás. Queremos que nuestros estudiantes piensen acerca de las implicancias éticas de los últimos desarrollos científicos, que piensen acerca de los problemas de los países subdesarrollados, en fin, que piensen... Nosotros, en Harvard, siempre nos hemos opuesto a la educación vocacional. Espero que eso no cambie."

En el "Harvard Crimson", el diario de la universidad, un editorial pide subsidios para que no muera la legendaria Grolier Poetry Bookshop, fundada en 1927 a pasos de Harvard Square. He estado ayer ahí comprando unos poemas recientes de Tony Harrison. Un cartel anunciaba un seminario sobre Neruda. Me contesta que se trata de una empresa privada y no corresponde subsidiarla. Su tarea es mejorar y conservar la gran biblioteca de Harvard; "es una bodega de toda la humanidad", me dice. "Internet aumenta su uso. Respecto de ella no se pueden tomar decisiones basadas sólo en dólares y centavos. Eso es algo sagrado."